

## *Periodismo de salud en España*

JOSÉ LUIS DE LA SERNA\*

**S**ólo hay que fijarse en lo que ha venido sucediendo en los últimos años en los medios de comunicación para afirmar, sin peligro de errar, que las informaciones de salud interesan, y mucho, al ciudadano. Pocos meses después de que se publicara en los periódicos que se había conseguido la primera clonación a partir de la célula de un mamífero adulto —la de la famosa oveja Dolly— el Centro de Investigaciones Sociológicas Español (CIS) intentó averiguar —a través de uno de sus frecuentes barómetros de opinión— qué noticias de prensa interesaban más al ciudadano. La respuesta fue clara: los avances biomédicos atraían a la audiencia mucho más de lo que lo hacían la información sobre política, cultura, deportes o la que venía

desde otros países. Junto con los temas de alto contenido social, al español le gusta leer, oír o ver en la televisión noticias e información sobre lo que tenga que ver con la medicina y la salud.

El hecho no es extraño. El fenómeno tampoco se limita sólo a España. Los datos que revelan las encuestas del CIS son casi extrapolables a lo que pasa en EEUU y en la mayoría de los países europeos. Trabajos de valor contrastado aseguran que el interés por los temas relacionados con la salud y las enfermedades es el mismo en Madrid, en Chicago, en Los Ángeles, en Amsterdam o en Londres. Por eso, y a lo largo de la última década, el hueco que los medios de

\* Médico. Responsable de las páginas de salud de El Mundo.

comunicación han ido haciendo a la información sobre temas biomédicos no ha parado de crecer de forma muy marcada.

Por otra parte, dado que después de la escuela y la universidad, la única fuente casi que tiene la población en general para continuar educándose la constituye la televisión, la radio, los periódicos e internet, la información sobre salud y medicina —siempre que se haga bien— se ha convertido en un elemento potencialmente clave para ayudar a elevar la cultura científica (tan pobre en casi todas partes) y mejorar la educación para la salud de toda la sociedad.

Desafortunadamente, no siempre la información biomédica que llega a los medios de comunicación se ajusta a la verdad o —sobre todo— se realiza con el rigor, la imparcialidad y la responsabilidad que necesita el periodismo serio, y más el periodismo que puede provocar angustia en los pacientes.

Como en todas las informaciones que pueden llegar al público, la que tiene que ver con salud y medicina no está exenta de sesgos potenciales, de manipulación y de conflictos de interés de la misma manera que lo están el resto de las noticias que forman parte de la vida diaria en la sociedad mediática de este fin de milenio.

Tan definitivos han llegado a ser los medios de comunicación en medicina que las más importantes publicaciones científicas del mundo —todas con más de un siglo de experiencia tras ellas— han dedicado en los últimos años excelentes estudios sobre el papel de la comunicación de la medicina en los “mass media”. En ellos se ha analizado en profundidad qué es lo que infiere en las noticias médicas y cuál podría ser el manual ideal del buen informador biomédico.

Si, de hecho, se siguieran unas reglas muy básicas a la hora de comunicar noticias biomédicas no sólo se conseguiría atraer a más lectores y audiencia, y mejorar las ventas, sino que también se podría contribuir de una forma sencilla a educar a una población deseosa de saber mucho más sobre aquello que más duele perder: la salud.

Sin embargo, no es fácil hablar de biomedicina en los periódicos, en la radio y en la televisión sin arriesgarse a cometer en muchas ocasiones errores importantes, que pueden generar sufrimientos en amplios sectores de la audiencia. Es bastante frecuente, cuando se habla de medicina, que el periodista olvide el primer párrafo del primer capítulo del libro de estilo de cualquier publicación que pretenda ser seria: “Nunca escribas o hables de lo que no sabes”.

El mal que con frecuencia padecen algunos comunicadores en España, y en otros muchos países, es el de la ignorancia a la hora de informar sobre cuestiones que en realidad desconocen total o parcialmente. Hablar de genes sin saber lo que son, de cardiología sin conocer la anatomía cardiaca esencial o de eficacia de un medicamento sin haber comprendido lo que es aleatorio, controlado y doble ciego —las normas básicas de un ensayo clínico— suele ser la regla y no la excepción. Alabar públicamente las excelencias de un fármaco que pueden llegar a usar de por vida millones de personas, basándose en lo que se ha dicho en una rueda de prensa o ha llegado a la redacción en un fax de una agencia de prensa interesada, es bastante frecuente y muy irresponsable.

Por otra parte, cuando se informa de ciencia —y la medicina es fundamentalmente ciencia— hay que olvidarse casi siempre de las reglas de oro que rigen para la mayoría de

las noticias. En biomedicina el qué, cómo, cuándo, dónde, y porqué —lo esencial que tiene que tener en cuenta un periodista para elaborar un buen artículo— no cuentan de la misma manera. En biomedicina, el dato es una anécdota que no ayuda a probar el valor de nada en serio. En biomedicina sólo se puede dar crédito al cúmulo de datos, a las miles de horas que muchos especialistas se pasan en los laboratorios realizando experimentos con probetas y ratones, a los años de seguimiento escrupuloso de las enfermedades de miles de ciudadanos o a los ensayos clínicos que intentan demostrar, más allá del folklore, si una intervención o un medicamento tiene valor o no frente a una enfermedad determinada.

Lo que suele ser inusual es que el periodista que habla de un nuevo medicamento haya destripado durante muchas horas los trabajos que avalan la supuesta excelencia del producto y haya distinguido claramente entre la significación estadística matemática, significación clínica y relación entre el coste de una pastilla nueva y el beneficio que con ella se pretende obtener. Lo que es también poco frecuente es que, además, el periodista subraye en amarillo los datos más interesantes de los estudios médicos, como es poco frecuente que se lea y se relea el editorial que en general acompaña a todo ensayo serio en el que se pondera los pros y los posibles contras del trabajo que está viendo la luz, y la publicidad que esto conlleva.

No tener en cuenta estas matizaciones, cuando se informa de biomedicina, es grave.

En otro orden de cosas, la sanidad en España mueve cinco billones de pesetas cada año, lo que da una idea de hasta dónde puede haber presiones y, por tanto, conflictos de interés informativo. No hay una institución sanitaria pública o privada, un laboratorio farmacéutico,

incluso una revista médica de prestigio probado y hasta un médico, que no tenga suscritos los servicios de un gabinete de comunicación para poder “vender” mejor de vez en cuando.

Además, la sanidad se utiliza de forma partidista por todos los políticos como arma arrojadiza. En lugar de hacer de las cuestiones sanitarias un problema de Estado, como pasa con el terrorismo, la defensa o las relaciones exteriores, la Sanidad se utiliza a la mínima para intentar restar votos al adversario.

Conscientes de la sensibilidad que crea en casi todos los ciudadanos los temas de salud, sanidad y medicina cualquier orden ministerial por mínima que parezca, cualquier error en una institución hospitalaria o cualquier pequeño intento de reforma, será utilizado de forma partidista. La oposición —no importa del signo que en un momento sea— no tardará ni un segundo en denunciar a bombo y a platillo que se está realizando un atentado consistente en un medicamento contra los pensionistas o que se está poniendo en peligro muy serio el sistema sanitario público español.

Sin embargo, y en contra de la impresión pesimista que puede dar este capítulo, no hay ningún otro sector en el periodismo español que haga con más frecuencia examen de conciencia y autocrítica. En numerosos debates públicos y privados, en foros de prestigio, en cursos de universidades de verano, se lleva desde hace varios años debatiendo el papel de los medios de comunicación en la salud, la sanidad y la medicina. La mayoría de los informadores de sanidad en España han intercambiado sus ideas y han expuesto en debates intensos —y muy animados—, en los que han participado médicos, enfermos, autoridades y empresas farmacéuticas, cuáles son los problemas de la

información sobre la salud y cuáles sus potenciales soluciones. No tenemos constancia de que estos mismos debates los hayan realizado informadores dedicados a la política, a la economía o al deporte —sectores en los que, como es lógico, también habrá conflictos—. Todo parece indicar que las ganas de informar cada día mejor sobre biomedicina continuarán con el paso del tiempo, como también se seguirá insistiendo en la denuncia de cuáles son los males de las noticias médicas y cómo prevenirlos. Y eso a la larga, para la sanidad, la salud y la medicina, será bueno.